



Viajes

Fui exclusivamente a visitar una casa del siglo XIX, en ella se alojó el desterrado D. Miguel de Unamuno

FUERTEVENTURA

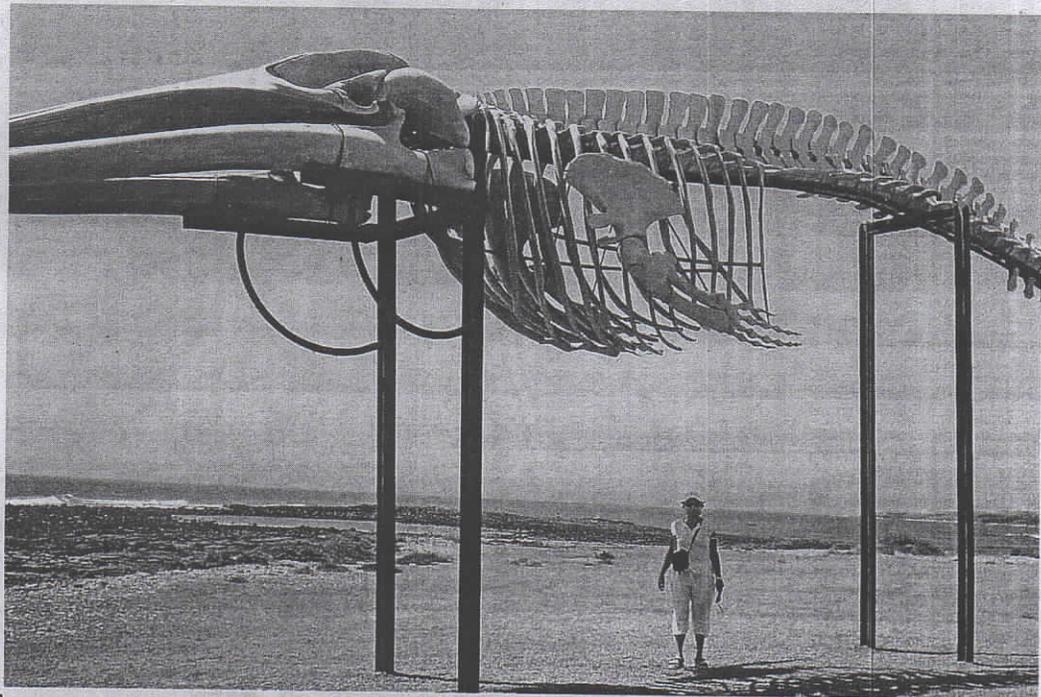
La isla de las grandes playas

Francisco Ortega Cervilla.
Alumno

Después de muchos años me decidí a visitar de nuevo la isla mayorera -la más antigua del archipiélago canario-, que fue declarada en 2009 reserva de la biosfera por la UNESCO. Es una isla que ha sufrido una transformación muy profunda desde aquel año 1976 en que ocurrió mi primer contacto con la misma. El turismo masivo, con sus grandes complejos hoteleros y sus centros de ocio, le ha hecho perder, además de su fisonomía primitiva, una parte de aquel arraigado encanto de costumbres, fiestas, deportes y religiosidad de sus habitantes que tanto me impresionaron en mis primeras visitas. Hoy, como ha ocurrido con otros muchos pueblos peninsulares, ha quedado sustituido, salvo en sus zonas más aisladas, por un espectáculo folclórico, más de cara al visitante que de una vivencia profunda. Me alojé en el complejo turístico de la Caleta Fuste -lugar con una interesante torre fortaleza del siglo XVIII-, cercano al aeropuerto, en el que alquilé un coche con objeto de tener más facilidad e independencia en mis recorridos por la isla.

Cerca de Puerto Rosario, la antigua "Puerto Cabras", se han recuperado unas antiguas salinas: las "Salinas de El Carmen", así que me acerqué a visitarlas. El Museo, identificado con un gran esqueleto de ballena en sus instalaciones, está estructurado en tres partes: formación e historia de la sal, su cultura y aplicaciones; las salinas de las Islas y por último las Salinas del Carmen. De forma muy didáctica se explica en profundidad todo lo referente a este producto, en otros tiempos tan valioso. Sigó después un recorrido "in situ" de la salina, con su ecosistema de aves incluido. Al final un documental sobre el producto final: "la sal de espuma", de la que naturalmente compré un paquete en la tienda como recuerdo.

Mi segunda excursión transcurrió por el interior, en busca de la primera capital que tuvo la isla. Discurría la carretera por un inhóspito paisaje



de matorral estepario y, pasadas las poblaciones de Casillas del Ángel y el Valle de Santa Inés, decidí pararme en un mirador para un descanso

en el que había dos enormes esculturas representando a los antiguos pobladores de la isla: los guanches. Más adelante, en un nuevo descanso,

contemplé con sorpresa como unos turistas daban de comer a una especie de ardillas que, sin miedo alguno, se acercaban a ellos. Me

enteré más tarde que es una especie invasora que, al carecer de depredadores, se ha multiplicado tanto que constituyen ya una verdadera plaga. Luego de hacerles algunas fotos continué hasta Betancuria, la antigua capital de Fuerteventura, que se encuentra en un pintoresco valle al lado de un arroyo, ahora seco, población que tuvo su máximo apogeo en el siglo XVI. Fundada en 1405 por el conquistador normando Jean de Bethencourt (de ahí el nombre del pueblo: Betancuria). El motivo de su ubicación tan alejada de las costas era protegerla de los ataques piratas, aunque en 1593 el corsario Jaban la redujo, incluida la iglesia catedral de Santa María, a escombros y ceniza. La iglesia no se reconstruyó hasta el año 1691. Betancuria fue capital durante bastante tiempo, hasta que la gente empezó a irse de la ciudad debido a la falta de tierra fértil. En 1834 Betancuria decayó y le cedió el